

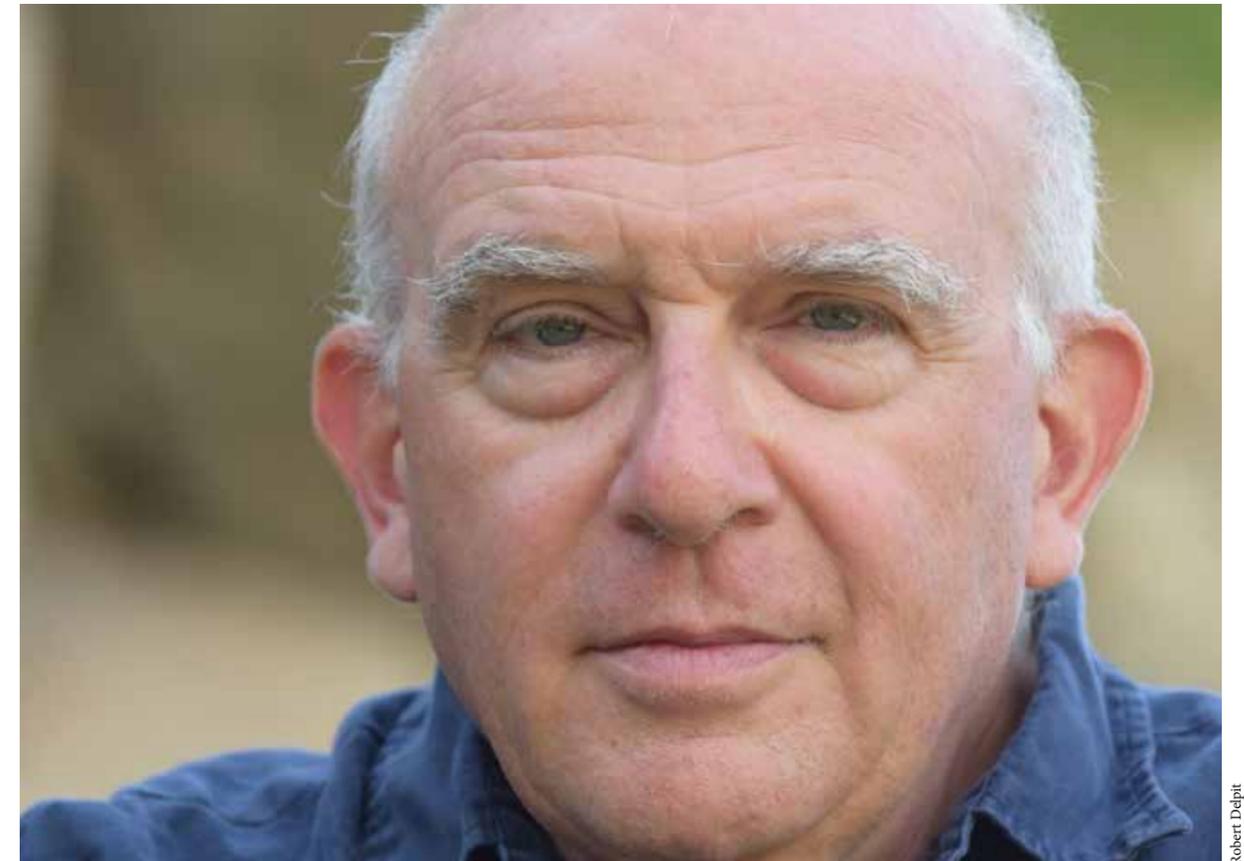
ENTREVISTA A HENRY ROUSSO

Las políticas de memoria pueden cambiar el pasado

POR DOLORES SAN JULIÁN*

En esta entrevista el historiador francés, Henry Rousso, cuenta el derrotero personal que lo llevó de la historia económica a los estudios sobre memoria, reflexiona acerca de la relación entre el archivo y el testimonio y narra los desafíos del proceso de institucionalización del campo. Al mismo tiempo, relata las experiencias de investigación compartidas con Michael Pollak en el Instituto de Historia del Tiempo Presente. Por último, revisa su posición acerca del rol de los historiadores en los juicios de lesa humanidad, a partir de su compromiso con el caso del genocidio en Ruanda, llevado a la justicia en París, y conceptualiza las características globales que asumen hoy las políticas de memoria.

.....
* Es Antropóloga por la Universidad de Buenos Aires y realiza su Doctorado en Antropología en la misma universidad. Es becaria doctoral del CONICET, Docente de la carrera de Ciencias Antropológicas (FFyL-UBA) y miembro de diversos equipos de investigación vinculados al campo de los estudios sobre memoria: UBACyT “Lugares y políticas de la memoria” y Grupo “Lugares, marcas y territorios de la memoria”, del Núcleo de Estudios sobre Memoria-IDES, entre otros. Esta entrevista fue realizada el 16 de mayo de 2018 en el Institut d’Histoire du Temps Présent (Centre National de la Recherche Scientifique). Anabella Tidona colaboró con la desgrabación de la entrevista y Matías Hoffman realizó la traducción del inglés al castellano. El trabajo de edición, incluida la añadidura de notas al pie, ha sido responsabilidad de M. Soledad Catoggio, Secretaria de Redacción y Coordinadora de esta sección.



Robert Delpit

Dolores San Julián: ¿Qué preocupaciones académicas y personales lo llevaron a estudiar el “régimen de Vichy”?

Henry Rousso: Cuando decidí ser historiador, al principio, quería dedicarme a historia contemporánea. En Francia hay que elegir entre cuatro períodos específicos: la antigüedad, la historia medieval, la moderna y la contemporánea. Realmente, tenía que tomar una decisión porque a mí me iba mucho mejor en historia medieval que en contemporánea, que era entonces, y ha sido siempre, un campo de interés para mí por varios motivos personales. Soy egipcio, de familia judía, nacidos en Egipto y expulsados del país en 1957 debido a la crisis de Suez.¹ Viví el antisemitismo en persona, porque fuimos expulsados de Egipto por ser judíos, a pesar de que mi padre era de nacionalidad

egipcia, y mi madre y yo teníamos pasaporte italiano. Esto último nos permitió emigrar primero a Italia y, luego, llegar a Francia a fines de 1961, donde éramos confundidos con los *pieds-noirs*, como popularmente se les decía a los franceses argelinos. Esta vivencia del racismo y de la violencia nacionalista me marcó siendo joven y, por ende, obviamente, la historia contemporánea era un campo de interés para mí. A su vez, elegí desarrollarme en el área de historia económica por una razón que puede resultar algo graciosa y es que, cuando le conté a mi padre mi decisión de ser historiador, lo primero que me dijo fue: “¿Cuánto vas a ganar?”. Para él que se dedicaba a los negocios, esto no era un trabajo. Entonces, para tranquilizarlo y convencerlo de que hacía “algo serio” decidí dedicarme a la historia económica.

.....
¹ Se refiere a la Guerra de Sinaí o crisis del Suez que fue una contienda militar entre los aliados Francia, Israel y Reino Unido en contra de Egipto y lo que hoy ese conoce como la Liga Árabe. La importancia del canal era la de ser la principal ruta para el transporte de petróleo desde el Golfo Pérsico a Europa Occidental.

Así que comencé a desempeñarme en esta área y, luego, tuve que elegir un tema. Recuerdo que, mientras estudiaba historia, quedé impactado porque las Guerras Mundiales no habían sido abordadas desde la historia económica. Había un agujero desde ese enfoque, incluso, en las estadísticas, existían mediciones hasta 1929 y, luego, recién volvíamos a tener datos y estudios de este tipo a partir de 1945. Nada en el medio. Esa fue la primera pregunta para mí: “¿Qué pasó aquí?” Y, entonces, llegué muy rápido a la cuestión de Vichy,² porque, obviamente, era un agujero negro.

Aunque para alguien de izquierda, como yo, el fascismo era algo que estaba dentro de los debates de ideas habituales en los años setenta, la idea de salir de ese plano y trabajar sobre el fascismo francés era novedosa y se convirtió rápidamente en el núcleo de mi investigación. Inmediatamente, me di cuenta de que iba a ser muy difícil trabajar sobre Vichy porque en aquel entonces todos los archivos estaban cerrados. Antes de que se sancionara la ley general de Archivos, el 3 de enero de 1979, no había posibilidad de acceder a documentos desclasificados.³ Entonces, por un lado era muy complicado encontrar fuentes para trabajar sobre Vichy y mucho más si querías, como yo, trabajar sobre los “grandes negocios” realizados bajo Vichy, lo cual era algo mucho más difícil que estudiar solamente el período. Pero, por el otro, era un desafío, me resultaba muy interesante idear el modo de hallar fuentes originales. Con el tiempo, los archivos se abrieron y la temática pudo ser abordada por los historiadores. Entonces comencé a trabajar, es decir, iba todos los días a los Archivos Nacionales⁴ y me abocaba a estudiar la política comercial, la colaboración económica, las políticas hacia los judíos, etcétera. Todo eso que estaba viendo no era completamente nuevo, pero sí ampliamente desconocido. Por ende, era realmente apasionante para cualquier historiador.

El comienzo de mi Doctorado en 1979 coincidió con la primera imputación a un funcionario público, Jean Leguay, quien era una de las cabezas de la policía de Vichy, por crímenes de lesa humanidad. Imaginar que un crimen cometido 30 ó 35 años antes podía ser llevado a la justicia era completamente extraordinario en ese momento. De modo que, mientras yo trabajaba sobre Vichy como historiador, Vichy se tornaba una cuestión pública.

D. S. J.: ¿Cómo surge el interés por la memoria de Vichy? ¿Cómo es esa transición entre historia y memoria?

H. R.: ¿Por qué la memoria? Porque, al mismo tiempo, Vichy comenzó a ser una cuestión presente en la sociedad francesa. Para darte un ejemplo personal: yo comencé mi Doctorado en 1979. Ese año, el 12 de marzo, se hizo la primera imputación a un funcionario público, Jean Leguay, quien era una de las cabezas de la policía de Vichy. Fue el primero en ser acusado por crímenes de lesa humanidad. Entonces, todo el asunto de Vichy estaba retornando a la esfera pública, había debates sobre la cuestión de los judíos y sobre la posibilidad de demandar a algunas personas: imaginar que un crimen cometido 30 ó 35 años antes podía ser llevado a la justicia era completamente extraordinario

HENRY ROUSSO, UN HISTORIADOR DEL TIEMPO PRESENTE

Nació en el año 1954 en El Cairo, Egipto. En 1956, debió emigrar por un brote de antisemitismo en su país natal, primero, a Italia y, luego, a Francia, donde hizo sus estudios en la École normale supérieure de Saint-Cloud, en la Universidad de París I Panthéon-Sorbonne y en el Institut d'études politiques de París. En 1981 se incorporó al Centro Nacional para la Investigación Científica (CNRS –por sus siglas en francés–) y participó del desarrollo del Instituto de Historia del Tiempo Presente, que llegó a dirigir entre 1994 y 2005 y que integra hasta el día de hoy. A su vez, entre 1990 y los años 2000, se desempeñó como Secretario General del Comité Internacional de Historia de la Segunda Guerra Mundial. En 2001 fue nombrado como Presidente de “Entretiens du Patrimoine” y designado para presidir la comisión de investigación de negacionistas del Holocausto y Racismo en la Universidad de Lyon III (2002-2004). Actualmente es presidente de la comisión gubernamental para diseñar el futuro Museo de la Memoria, dedicado a las víctimas del terrorismo en París. Ha enseñado y enseña en diversas instituciones: École normale supérieure de Cachan, Institut d'études politiques de Paris, Université Paris-Ouest Nanterre-La Défense y actualmente en Paris 1 Panthéon-Sorbonne y Paris 8 Vincennes-Saint-Denis. En la actualidad codirige, junto con Jocelyn Létourneau, la revista *Conserveries Mémoires* y es miembro de los comités editoriales de las revistas *History and Memory*, *Mémoires en jeu/Memories at stake*, *Tempo e Argumento*, *Cadernos do Tempo Presente*. Ha sido premiado como Caballero de la Orden Nacional del Mérito en Francia (1995) y nombrado Doctor Honoris Causa de la Universidad Nacional de La Plata, en Buenos Aires (2017). Sus primeras investigaciones fueron sobre la historia política y económica del régimen de Vichy. Luego se interesó por la memoria de la guerra y el fenómeno de la memoria colectiva en general. Se abocó también de problematizar las relaciones entre historia, derecho y justicia y dedicó varios trabajos a reflexionar acerca de la epistemología de la historia del tiempo presente. Entre sus numerosos libros, publicados en varios idiomas, se encuentran *Le Syndrome de Vichy de 1944 à nos jours* (primera edición, 1987); *Les Années noires. Vivre sous l'Occupation* (1992); *Vichy, un passé qui ne passe pas* (con Éric Conan, 1994); *La Hantise du passé. Entretien avec Philippe Peti* (1998); *Vichy. L'événement, la mémoire, l'histoire* (2001); *Stalinism and Nazism* (2004); *La dernière catastrophe. L'histoire, le présent, le contemporain* (2012); *La Seconde Guerre Mondiale expliquée à ma fille* (2013); *Face au passé. Essais sur la mémoire contemporaine* (2016); *Europe's Postwar Periods – 1989, 1945, 1918, Writing History Backwards*, (con Martin Conway y Pieter Lagrou, 2018).

en ese momento. De modo que, mientras yo trabajaba sobre Vichy como historiador, Vichy se tornaba, por distintos motivos, una cuestión pública. En esos años, 1980 ó 1981 le planteé esta cuestión a un editor, le dije “Estoy intrigado. No entiendo por qué hay tanto debate sobre Vichy hoy en día. ¿Por qué ahora? ¿Qué está pasando?” Entonces, él me propuso que escribiera un libro o un artículo para abordar esta inquietud. Comencé a pensar por qué Vichy estaba tan presente a finales de la década de los setenta y comienzos de los ochenta. Y, abocándome a esta simple pregunta, vol-

ví al origen del problema, es decir, retorné a 1945 ó 1944, incluso, a 1940. Progresivamente fui cambiando mi perspectiva, seguía trabajando sobre Vichy y el período en sí mismo, pero estaba cada vez más interesado en el legado de esa época en mis contemporáneos. Finalmente, a mediados de los ochenta, decidí hacer un libro sobre la temática y ese fue *Le Syndrome de Vichy de 1944 à nos jours* (1987). Pero me llevó siete años escribirlo porque, para ser franco, no estaba seguro sobre el tema.

² Se conoce como “régimen de Vichy” (1940-1944) el régimen político instaurado por el mariscal Philippe Pétain en parte del territorio francés y sus colonias, luego del armisticio con la Alemania nazi en el marco de la Segunda Guerra Mundial. El régimen fue virando de autoritario y fascista a abiertamente colaboracionista con Alemania nazi.

³ Parte de los archivos se habían quemado en un incendio accidental y el acceso a los archivos de la patronal francesa durante la guerra parecía impracticable entonces.

⁴ Se refiere a los archivos de los órganos centrales del Estado francés (con excepción de los correspondientes al Ministerio de Defensa y Asuntos Exteriores) que se encuentran repartidos en tres sitios París, Fontainebleau y Pierrefitte-sur-Seine. Véase <http://www.archives-nationales.culture.gouv.fr/fr/web/guest/home>

D. S. J.: ¿Tenía contacto con el trabajo que, en ese mismo momento, estaba haciendo Pierre Nora?

H. R.: Cuando Pierre Nora publicó *Les lieux de mémoire*, cuyo primer tomo salió en 1984, yo ya tenía un recorrido hecho en la escritura de mi libro, pero aún me faltaba para concluirlo. En ese entonces, no sabía que existía un seminario sobre memoria, nunca asistí al seminario de Pierre Nora, lo que fue un error; en realidad, ni siquiera era consciente de que yo estaba trabajando sobre la memoria. Desde mi óptica, me dedicaba a algo mucho más acotado: la presencia de Vichy en el presente. Tenía entonces una vaga noción de lo que era la “memoria colectiva”. Ese concepto, redescubierto en los años ochenta, me llevó a leer a Halbwachs y, luego, por supuesto, también a Nora y a otros autores. Aun así, creo que fui el primero en Francia en trabajar sobre la memoria traumática porque Nora no lo estaba haciendo. Él estaba dedicado a los “lugares de memoria” como un concepto de gran generalidad, muy importante. Entonces yo fui, probablemente, uno de los primeros en abordar la dimensión traumática de la memoria y, tengo que

Creo que fui el primero en Francia en trabajar sobre la memoria traumática porque Nora no lo estaba haciendo. Él estaba dedicado a los “lugares de memoria” como un concepto de gran generalidad, muy importante. Entonces yo fui, probablemente, uno de los primeros en abordar la dimensión traumática de la memoria y, tengo que confesar, estaba perdido en esa búsqueda.



Henry Rousso dicta una conferencia “Desarrollos de la Historiografía de la Memoria” en la Universidad de La Plata, 16/11/2017

confesar, estaba perdido en esa búsqueda. Recuerdo que en 1985 fui a ver a mi editor y le dije: “Renuncio. Es muy difícil. ¿Representaciones del pasado? El pasado está en todos lados. No sé cómo procesarlo”. Él me pidió que siguiera, que terminara el libro. Me dijo que una vez que estuviera terminado discutiríamos si era o no relevante. Afortunadamente, él me ayudó y terminé el libro. Luego, fue una sorpresa, sí: el libro fue leído, discutido y considerado algo nuevo. No esperaba todo eso.

De la historia contemporánea a la historia del tiempo presente

D. S. J.: ¿Fue entonces cuando surgió la idea de la Historia del Tiempo Presente?

H. R.: En realidad fue al mismo tiempo, lo que es interesante. Me uní al Instituto de Historia del Tiempo Presente (IHTP, por sus siglas en francés) en 1981. Un año después comencé a pensar en escribir el libro sobre el legado de Vichy que, inicialmente no era más que un pequeño libro y no la gran investigación como

terminó siendo, pero lo cierto es que yo ya estaba trabajando sobre Vichy. Cuando me uní al Instituto, conocía muy poco sobre él, había ido algunas veces a consultar la biblioteca, pero no sabía qué se hacía exactamente. A principios de los ochenta, conseguí un trabajo en la CNRS (Centre National de la Recherche Scientifique) y fui asignado a esta nueva institución. Realmente, estaba en sintonía con el proyecto del Instituto, porque allí promovían la historia contemporánea en un nuevo sentido, dedicándose al período de posguerra, a la Guerra Fría, a la descolonización, a todas esas cuestiones, sin abandonar completamente la historia de la Segunda Guerra Mundial. El instituto decidió trabajar sobre conmemoraciones y uno de los primeros proyectos fue el de historizar la conmemoración del 8 de mayo, que celebra el fin de la Segunda Guerra Mundial. Sin haberlo planeado, cuando fui contratado, dije ante el jurado que tenía un pequeño proyecto, aunque no era mi proyecto principal. Era una línea pequeña sobre la memoria de Vichy o los legados de Vichy. Hubo una especie de coincidencia, dado que muchos historiadores, en ese momento, en Francia pero también en Alemania, por ejemplo, se enfocaron en la cuestión de la memoria, no porque fuera un tópico relevante, sino porque la memoria era parte del trabajo de cualquier historiador que abordara la Segunda Guerra Mundial, la Ocupación, etcétera. La pregunta con la que tuvimos que lidiar fue: ¿Por qué hoy en día estamos discutiendo en la esfera pública estas cuestiones? ¿Qué está en juego?

D. S. J.: ¿Cómo fue ese proceso?

H. R.: Encontré varios otros colegas que estaban trabajando en la misma dirección. Desde el comienzo, mi propia investigación y la del instituto estuvieron moldeadas por la misma clase de problemas: trabajábamos sobre historia contemporánea o en una nueva definición de la historia contemporánea. Estudiábamos un período violento (la Segunda Guerra Mundial, la Ocupación, el Holocausto) y abordábamos la memoria. Por ende, las tres cosas estaban conectadas: la historia contemporánea, la violencia y la memoria. Tuvimos que lidiar con los tres problemas al mismo tiempo. Si me enfocaba en la cuestión de la violencia, que era mi campo de estudio, llegaba a la pregunta

por la memoria y, finalmente, a las preguntas epistemológicas como: ¿qué es la historia contemporánea? Años más tarde, como Director del IHTP entre 1994 y 2005, decidí que tenía que escribir un libro sobre estas cuestiones epistemológicas, que fue *La dernière catastrophe: histoire, présent, contemporain* (2012). Escribí este libro sobre epistemología porque quise proponer una especie de reflexión original sobre el concepto de lo contemporáneo. Sin embargo, en un principio, yo no estaba realmente interesado por el concepto en sí: trabajaba sobre historia contemporánea sin pensar de qué se trataba. Esta reflexión surgió, en realidad, como parte de un movimiento general en Francia, Alemania y también en parte en Italia. Todo un fenómeno europeo. Historiadores descubriendo o clasificando el período de la Segunda Guerra Mundial, el fenómeno del fascismo y, luego, abordando sus legados y preguntándose sobre cómo lidiar con estas cuestiones tanto en el plano histórico como en la esfera pública en el presente.

D. S. J.: ¿Qué desafíos concretos para los historiadores e investigadores del tiempo presente se producen al hacer historia de eventos y procesos cuyos actores y testigos aún están vivos?

H. R.: Cuando comencé, la Historia Oral era algo novedoso para los historiadores, pero no para los sociólogos, antropólogos o etnólogos. Probablemente la primera conferencia a la que asistí en 1981 o 1982, justo después de ser contratado por el IHTP, fue sobre historia oral. A su vez, el IHTP se convirtió en el representante francés en la Asociación Internacional de Historia Oral. Eso muestra que la discusión sobre historia oral era central en esa época. ¿Por qué? Porque, por supuesto, involucrarse con la historia contemporánea es involucrarse inmediatamente con la cuestión de los testimonios y eso era una cuestión teórica porque todos los historiadores implicados en esa discusión habían sido formados y entrenados en una forma muy tradicional, que implicaba recurrir a los archivos y los documentos. En mi investigación tuve algunos documentos, pero en los ochenta eran insuficientes. Había demasiados problemas porque el archivo era inaccesible, especialmente en el caso de la Shoá. En ese contexto, obviamente, los testimonios

eran un recurso, pero inmediatamente surgían las objeciones tradicionales de que no eran confiables. Sin embargo, cuando empezamos a trabajar desde el IHTP, encontramos otros desafíos. Nosotros trabajábamos con exmiembros de la Resistencia,⁵ que estaban muy familiarizados con el Comité de Historia de la Segunda Guerra Mundial, instituto que había sido el antecedente del IHTP. Ellos asistían a nuestros seminarios y recuerdo la primera vez que hablé sobre el “Síndrome de Vichy” y el “Mito de la Resistencia”, los líderes de la resistencia francesa que estaban escuchando salieron al cruce: “¿Usted está hablando del ‘Mito de la Resistencia’?” Yo tenía menos de 30 años y ellos estarían pensando con cierta perplejidad: “Así que hay un muchacho explicándonos qué es la Resistencia”. Esa fue mi primera experiencia, como historiador contemporáneo, de trabajar con un objeto antes que se convirtiese en historia. Es cierto que ellos tenían la experiencia, pero yo intentaba comprenderla. En ese sentido, no estábamos en la misma posición ni en el mismo nivel, de modo que no abordábamos el mismo problema. Hicimos de la discusión con la gente que había vivido el período algo cotidiano y ellos me influenciaron mucho, pude comprender lo que estaba en juego, la atmósfera, cómo era vivir en París en 1942, por ejemplo. Esas eran preguntas que podían responder ellos. Entonces, la cuestión de los testimonios estuvo prácticamente desde el principio mismo de mi investigación. Al principio yo estaba interesado en el pasado, en “¿qué hicieron en 1942?” y, luego, ese problema se convirtió en otro: me interesé cada vez más por la forma en la que estaban hablando acerca de lo que hicieron en 1942. De esa manera, los testimonios se volvieron una parte fundamental de mi reflexión sobre la memoria: tanto para pensar qué era la memoria colectiva como para entender el rol de la memoria individual en la construcción de la memoria colectiva.

.....
 5 “La Resistencia” fue el modo en que se denominó a un conjunto de movimientos que se opusieron –en su mayor parte con hechos armados– a la ocupación nazi en Francia y al colaboracionismo del régimen de Vichy durante la Segunda Guerra Mundial. Al respecto, Henry Rousso acuñó el neologismo “résistancialisme” para referirse al relato desarrollado en la sociedad francesa posteriormente a la guerra –relato que, según Rousso, no se corresponde con el proceso histórico acontecido–, según el cual la resistencia fue de toda la nación y se inició a comienzos de la Segunda Guerra Mundial. Este argumento y los principales debates al respecto, fueron desarrollados en Rousso, Henry, *Le Syndrome de Vichy de 1944 à nos jours*, Seuil, París, 1987.

D. S. J.: ¿Cuál cree entonces que es la posición que deben adoptar los investigadores frente a estos debates acerca del valor del testimonio?

H. R.: Es una pregunta muy compleja, porque no hay una única respuesta, cada investigador puede tomar una posición propia. Después de 40 años de trabajo, diría que lo primero es escuchar y no olvidar que estas personas están hablando de su sufrimiento, y a veces les es casi imposible expresarse. Asimismo, creo que es importante no olvidar que uno es un historiador. Me refiero a que no se trata de dejar hablar a las personas sin más, es decir, sin hacer nuestro propio trabajo. Lo digo porque, a pesar de todo lo que se ha reflexionado al respecto, sigue habiendo una tendencia a tomar a los testimonios como “palabra santa” y yo disiento por completo. Nosotros, los historiadores, somos parte del proceso de conocimiento y los testimonios tienen diversas funciones. Es cierto que, sencillamente, se puede grabar un testimonio para luego publicarlo o para facilitar el proceso de transmisión de memoria de una persona o de un grupo determinado, pero si estás haciendo historia oral es porque te interesa hacer algo más. Por ende, discrepo con la idea de que los historiadores deben quedarse “detrás del testigo”. Pienso que es un intercambio y que incluso a veces puede ser un conflicto. De hecho, es probable que este tipo de intercambio sea siempre conflictivo, porque los objetivos del historiador y las expectativas del testigo en general no coinciden. Esa diferencia genera muchas veces una duda: “¿Tenemos derecho a tomar el testimonio de una persona?” Creo que sí, lo tenemos. Siempre que expliquemos de antemano el contexto de investigación en que se utilizará el testimonio. Considero que no solo tenemos el derecho, sino el deber de tomarlo porque es la única manera de escribir historia. Esta es mi posición ética como historiador.



Natacha Nisic

D. S. J.: Desde esta posición ético-epistemológica, ¿cómo fueron sus experiencias de intercambio con los sobrevivientes de pasados traumáticos a lo largo de su carrera? ¿Qué recomendaciones daría a los jóvenes investigadores que se inician en el campo?

H. R.: Sea cuales sean las circunstancias de los sobrevivientes y la distancia o cercanía generacional entre ellos y el historiador, hay que estar advertido del hecho de que, como historiador, uno puede estar impresionado o puede no ser capaz de preguntar ciertas cuestiones porque es muy difícil; o que, a la inversa, las personas con las cuales se habla quieran usar –consciente o inconscientemente– al investigador como portavoz de determinada posición o para expresar aquello que no pueden decir por ellos mismos. Al respecto, Michael Pollak con quien éramos colegas en el IHTP, escribió cosas extraordinarias. En ese momento, discutir con él estas cuestiones fue importante para mí. Él era homosexual y estaba trabajando con mujeres sobrevivientes del Holocausto. Me contó que se dio cuenta de que estaba influenciado por esa situación: eran dos subjetividades margi-

nadas intercambiando experiencias, él como homosexual y las mujeres, como sobrevivientes heridas, para quienes era difícil hablar y hacer oír sus experiencias. Lo interesante fue cómo él era consciente de que aquellas mujeres intentaban, sin manipularlo, usarlo para decir cosas que eran muy difíciles para ellas de decir en forma directa. O sea, cuando se hace una entrevista, hay que dejar en claro todo lo que pueda ser explicitado de antemano y tener en mente aquello que no puede ser dicho. Eso es clave, para mantener la propia posición: uno está ahí para producir un conocimiento. Es lo que les digo habitualmente a mis estudiantes.

D. S. J.: En Argentina y, de manera más extendida en América Latina, podríamos decir que los estudios sobre memoria se desarrollaron como un campo interdisciplinario, donde confluyen historiadores, sociólogos, antropólogos, comunicadores sociales, entre otras disciplinas sociales y humanas ¿Sucedió lo mismo en Francia?

H. R.: Sí, fue así inmediatamente. Para darte un ejem-

plo, Marie Claire Lavabre⁶ es una socióloga a quien invitamos a un seminario, que compartíamos con Michael Pollak, para discutir mi libro *Le Syndrome de Vichy*. Eso habrá sido en 1988, aproximadamente. Ella fue la primera en criticar el libro. Por supuesto, lo elogió también, pero a la vez fue crítica y me aportó una mirada completamente nueva de mi trabajo.⁷ Ella tomó el libro y dijo: “Soy una socióloga, estoy trabajando sobre memoria colectiva y voy a explicar por qué estoy en desacuerdo con su método”. Aunque no acordé con su crítica, comenzamos un diálogo y una discusión que no ha terminado hasta hoy, fundamentalmente porque tenemos perspectivas diferentes sobre la memoria. Yo, como historiador, estaba principalmente interesado en la diferencia entre memoria e historia, porque son dos especies diferentes de acercamientos al pasado. Ella se interesaba más por aquellos actores que cumplen la función de soportes de la memoria, es decir, quienes emprenden una narrativa sobre el pasado y, a su vez, le interesaba distinguir la memoria individual de la memoria colectiva. Ella trabajaba más sobre la relación social de lo que yo lo hacía. En mi caso, el interés estaba en el “mito nacional”. Ambas perspectivas eran absolutamente complementarias, así que de inmediato comenzamos a trabajar conjuntamente. De modo que la interdisciplinariedad fue parte de la creación misma del IHTP. Cuando se creó el instituto había historiadores y sociólogos: Michael Pollak, por ejemplo, era sociólogo y fue contratado prácticamente al mismo tiempo que yo. Entonces, desde el inicio estuve siempre dialogando y discutiendo con sociólogos.

D. S. J.: ¿Además de los investigadores de las ciencias sociales hay especialistas de otras áreas de conocimiento que participan de ese diálogo?

H. R.: La novedad en Francia es la relación con las neurociencias, lo cual es todo un desafío. Como historiador, cuando discutís con sociólogos estás en sintonía, haciendo más o menos el mismo trabajo, las diferencias no son significativas. Pero, cuando el intercambio es con las neurociencias estás en otro universo completamente diferente. No estoy seguro sobre lo que resultará de eso ahora, pero tengo la certeza de que la discusión entre neurociencias y ciencias sociales es bastante productiva. Está creando nuevas preguntas. No digo que vaya a cambiar completamente la manera en que sociólogos e historiadores trabajan sobre la memoria colectiva, pero es algo nuevo por completo.

Historiadores como testigos: el problema de la verdad

D. S. J.: Siguiendo en esta línea de colaboración interdisciplinaria, usted ha escrito sobre las relaciones y tensiones entre historia y justicia, especialmente acerca del caso francés. En la Argentina, en el último tiempo, diversos investigadores de las ciencias sociales han sido convocados como “testigos de contexto” en el marco de los juicios por crímenes de lesa humanidad que se están llevando a cabo contra los responsables de crímenes cometidos por la dictadura militar. Basándose en su propia experiencia, ¿cuál cree que es la contribución de los investigadores en ciencias sociales a estos procesos?

H. R.: Es una cuestión compleja. En Francia no hay distintos tipos de testigo. Un cientista social va, presta juramento y es tratado como cualquier otro testigo, sea una víctima o lo que fuere. Por supuesto, todos saben que está en ese lugar para hablar de los hechos en una perspecti-

6 Es Directora de investigación en el Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS) y el Institut des Sciences Sociales du Politique (ISP). Desde una perspectiva que abarca en las ciencias políticas se especializó en la sociología de la memoria colectiva, los usos públicos de la historia, el partido comunista en Francia y el poscomunismo. Entre otros trabajos, ha publicado *Le fil rouge. Sociologie de la mémoire communiste* (1994) y *D'une «mémoire européenne» à l'europanisation de la «mémoire»* (con Sara Gensburger, 2008).

7 El debate entre Marie-Claire Lavabre y Henry Rousso fue publicado en Peschanski, Denis; Pollak, Michael; Rousso, Henry, *Histoire politique et sciences sociales*, Ed. Complexe, Paris, 1991. La traducción al castellano de dicho debate se ha publicado en la revista *Aletheia*, Volumen 3, número 5, 2012 (traducido por Margarita Merbilhaá). Se trata de los artículos “Para una historia de la memoria colectiva: El post-Vichy”, de Rousso, disponible en http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5463/pr.5463.pdf y “Sobre el peso y la elección del pasado: Una lectura crítica de *El síndrome de Vichy*”, de Lavabre, disponible en http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5464/pr.5464.pdf.



El rector de La Universidad de La Plata, Raúl Perdomo, entrega a Henry Rousso el título de Doctor Honoris Causa, 16/11/2017

va histórica, política o sociológica. Yo fui convocado en dos oportunidades para testificar como historiador. En la primera ocasión, en 1994, fui convocado por la parte civil en el marco del juicio a Paul Touvier, un colaborador francés. La segunda, tres años después, fue por parte de la misma defensa del acusado, que era entonces Maurice Papón. En ambas me negué, por razones que ya he explicado.⁸ Pero mi posición ahora cambió ligeramente: pienso que es inevitable tener esa clase de expertos en los juicios por crímenes de lesa humanidad porque normal-

mente los procesos precisan la pericia en el contexto para poder explicar un período específico, ya sea que se trate de la última dictadura argentina, del régimen de Vichy, de la Shoá o lo que fuera. Esta clase de testigos o expertos se esfuerzan por reducir la distancia entre la Corte que, según el sistema de que se trate, en términos generales, puede ser un jurado o un juez, y los hechos. Ayer, por ejemplo, vi a unos colegas, Stéphane Audoin-Rouzeau y Hélène Dumas testificando en el juicio que se realizó en Francia por el genocidio en Ruanda contra Octavien

8 Véase Henry Rousso y María Josep Escrivà, “¿Juzgar el pasado?” Justicia e historia en Francia, *Pasajes*, N° 11, 2003, 76-91. “Maurice Papon devant ses juges. Deux historiens refusent de témoigner. Maurice Rajsfus et Henry Rousso sont cités par la défense”, *Libération*, 15/10/1997. https://www.liberation.fr/societe/1997/10/15/maurice-papon-devant-ses-juges-deux-historiens-refusent-de-temoigner-maurice-rajsfus-et-henry-rousso_219577

Ngenzi y Tito Barahira, dos ex alcaldes responsables de la masacre en la comuna de Kabarondo.⁹ En ese juicio, las únicas personas que sabían exactamente lo que había pasado; es decir, que conocían Ruanda eran los perpetradores, las víctimas y un poquito los historiadores. Todo el resto, el juez, el fiscal, los abogados no conocían nada respecto del país donde habían ocurrido los hechos, lo que es realmente una situación extraña. Esto es consecuencia de la evolución de la legislación nacional e internacional para luchar contra la impunidad de los dictadores, precisamente. El principio de “competencia universal” ha sido clave para poder juzgar estos crímenes, más allá del territorio donde se cometieron, de la nacionalidad de perpetradores y de las víctimas y sin plazo de prescripción temporal para el derecho de juzgarlos. Pero el resultado es que tenemos juicios que se enfrentan con acontecimientos históricos ocurridos en otros países varias décadas atrás. Entonces, ¿cómo reducir la distancia?, ¿cómo explicarle al jurado cómo es Ruanda?, ¿quiénes son los Hutus y los Tutsis?¹⁰ Lo cual es una cuestión muy compleja: debo confesar que he estado trabajando un poco en eso y no puedo explicarlo claramente. Y luego tienes que juzgar a un genocida. Ahí, la diferencia entre los Hutus y los Tutsis y la forma en que los Hutus perciben a los Tutsis es la clave del proceso. La dictadura argentina parece haberse tratado de una situación más clara: el poder político reprimiendo a sus oponentes. Pero, en el caso de Ruanda, no está nada claro. Entonces, ¿quién más que un experto – sea un historiador o un antropólogo – está capacitado para explicar un poco la situación? Ésta es una posición. Tengo que confesar que, incluso, habiendo rechazado hace 20 años mi participación en los juicios como testigo, ésta es ahora mi posición personal: necesitamos expertos de este tipo para reducir la distancia entre los hechos y el juicio.

D.S. J.: ¿A qué desafíos cree que se enfrentan los historiadores en esta tarea?

H. R.: Tienen que saber que los expertos, en calidad de testigos en los juicios, son frágiles. O sea, van a ser atacados por el abogado defensor, especialmente los historiadores. Eso es lo que vi ayer una y otra vez. Y uno de los mayores problemas para los historiadores en el sistema francés es que los testigos no tienen acceso a los expedientes. Entonces, puede sucederte, como le sucedió a Stéphane Audoin-Rouzeau ayer, que uno es llamado al estrado y le dicen que la persona que tiene enfrente ha sido acusada de asesinar tres mil Tutsis en cierta área y que uno está ahí para testificar. Audoin-Rouzeau se vio, entonces, obligado a responder: “no sé nada respecto al área, ni acerca del perpetrador, pero tengo mucho conocimiento respecto del genocidio en general”. Luego, el abogado defensor le dijo: “O sea, ¿usted nos está diciendo que no sabe nada sobre el perpetrador?, ¿que no sabe nada sobre el área?, ¿qué está haciendo aquí?”. Lo estoy simplificando un poco, pero me parece que sirve para ilustrar la contradicción de la posición que ocupan los historiadores.

Yo fui convocado en dos oportunidades para testificar como historiador. En ambas me negué. Pero mi posición cambió: ahora pienso que en los juicios por crímenes de lesa humanidad es inevitable tener esa clase de expertos que se esfuerzan por reducir la distancia entre la Corte y los hechos.

res cuando son convocados en el proceso judicial. En Francia, a estos testigos no les está permitido hablar sobre el caso porque en general no lo conocen, puede que tengan alguna idea, pero la Corte no los convoca para que den sus opiniones, sino que los llama para tener un experto. Y lo que nos puede dar un experto es su conocimiento sobre el contexto, en la cuestión general: ¿qué es el genocidio?, ¿qué es Ruanda? ¿qué son los Hutus?, ¿qué son los Tutsis? Pero, al mismo tiempo, lo que estaba en juego aquí era el destino de dos perpetradores, de dos individuos. Y esto es una contradicción. Éste es un ejemplo de los desafíos, entre otras dificultades.

La posición que han adoptado los historiadores en estas situaciones –tanto en el proceso por el genocidio en Ruanda como en el caso de Vichy– es la de declararse completamente neutrales, pero es muy difícil decir que se está ahí solo para decir la verdad y sostener que “(...) no se tiene ninguna opinión al respecto sobre el Señor Klaus Barbie, quien asesinó a no sé cuántos miles de judíos”.¹¹ Es absolutamente comprensible para una víctima, que está ahí para denunciar un crimen, pero no lo es para un experto y eso es lo que dije en mi libro *La hantise du passé* (1998). Para la cuestión de la pericia, tomé el ejemplo de la pericia balística: no hay ética ni moral en la balística. O sea, la bala fue de aquí hasta allá en esta pared. Es un experimento científico, podemos reproducir el disparo y obtendremos el mismo resultado y establecer, luego, si este tipo es culpable o inocente. Pero, para un historiador, el contexto no existe sin una pregunta. No sé si aceptaría testificar actualmente, pero acepto la idea de que es completamente necesario. Pero, probablemente tenemos que entrenar a los historiadores en este sentido: lo que consideramos neutral u objetivo en la profesión, puede ser invalidado y objetable en el terreno judicial y a la inversa.

D. S. J.: Esto se relaciona con el problema de qué es “la verdad” para unos y para otros ¿Cómo convive la verdad histórica con la judicial?

H. R.: El problema con el conocimiento experto es que depende de la situación. En el caso de Vichy, en los juicios que involucraban a antiguos funcionarios públicos, como fue el de Touvier o el de Papón, todos los historiadores se pronunciaban en el mismo sentido. O sea, compartían la misma interpretación, apenas con mínimas diferencias. No había conocimientos opuestos porque no hay historiadores en Francia que defiendan el punto de vista de Vichy. Es muy difícil sostener, por ejemplo, que Vichy salvó a los judíos, que no fue colaboracionista. Pero, en el caso de Ruanda es distinto. Hay muchos debates, hay algunos especialistas diciendo, por ejemplo, que los Tutsis cometieron algunos crímenes. Algo análogo a lo que sucede con el Holocausto y la Segunda Guerra Mundial. Se trata del mismo tipo de argumento, me refiero al que dice que “(...) los nazis asesinaron a seis millones de judíos, pero los estadounidenses lanzaron una bomba en Hiroshima”. Entonces, en el caso de Ruanda esta es una clase de discusión que puede darse e, incluso, ahora existen debates sobre la interpretación del genocidio, cuyas consecuencias pueden ser muy relevantes para los perpetradores. La diferencia con el caso del Holocausto, donde pueden existir debates al respecto, pero no hay duda de que los nazis fueron criminales y fueron culpables, es que en el caso de Ruanda, el jurado tal vez está influenciado por este debate entre historiadores. Entonces, se vuelve central la cuestión de cómo lidiar con los debates entre expertos de las ciencias sociales en la Corte.

Ayer, Stéphane fue atacado por el abogado defensor, pero ya sabía lo que estaba aconteciendo y fue capaz de anticiparse. Sin embargo, al mismo tiempo, intentó explicar al jurado “(...) que la verdad histórica no es una verdad judicial, lo cual es un gran problema”. Esto es muy interesante, pero, a la vez, difícil de explicar a personas que no están al corriente de estas cuestiones. El jurado es un jurado popular, son doce personas que no saben nada de

9 Al respecto puede verse: Collectif des parties civiles pour le Rwanda, “O. NGENZI & T. BARAHIRA: Procès en appel à Paris”, 26/01/2018. Disponible en: <http://www.collectifpartiescivilesrwanda.fr/proces-ngenzi-barahira/> Acceso el 20/12/2019.

10 El genocidio en Ruanda entre el 7 de abril y el 15 de julio de 1994 fue un intento de exterminio de la población Tutsi, llevada adelante por parte del gobierno Hutu en el que se asesinó a aproximadamente el 70% de la población Tutsi. El desencadenante del genocidio fue un atentado contra el presidente ruandés y burundés que tuvo lugar el 6 de abril de ese año y fue entonces adjudicado a un grupo tutsi rebelde del Frente Patriótico Ruandés. Al respecto, puede verse: Mamdani, Mahmood, *When Victims become killers: Colonialism, Nativism, and the Genocide in Rwanda*, Princeton University Press, Princeton and Oxford, 2001.

11 Se refiere al militar nazi, miembro de la Gestapo, que estuvo involucrado en numerosos crímenes de lesa humanidad durante la Segunda Guerra Mundial, especialmente en Francia, bajo el régimen de Vichy, condenado a cadena perpetua en 1987.

La idea de “globalización de la memoria” llegó como producto de una observación empírica. Se trata, en primer lugar, de valores compartidos. El principal es el recordar y, en contrapartida, el valor de olvidar ha sido catalogado como un crimen: un segundo crimen después del crimen.

historia ni del sistema judicial. Entonces, cuando escuchan que la verdad judicial es distinta de la histórica, se preguntan ¿qué significa eso? Stéphane explicó que la justicia es un proceso donde la Corte podría absolver a un criminal y establecer que no es culpable, liberarlo y dar por terminado el juicio. Sin embargo, la historia diez, veinte años después puede decir: “Hubo un error: él era culpable”. Entonces, el abogado defensor le preguntó si él estaba diciendo que la decisión de los jueces era irrelevante porque la historia decide, en algún punto, y puede cambiar el veredicto más adelante. Esto es en cierto sentido así, pero decir eso en la Corte es un sinsentido. Hay ahí una cuestión importante: ¿hasta qué punto podemos decir en una Corte las mismas cosas que decimos en un seminario?

Entonces, cambié mi posición: acepto la necesidad de que los historiadores concurren a los juicios, pero hay una reflexión pendiente sobre las circunstancias y las modalidades para hacerlo.

La memoria global y la reparación histórica

D. S. J.: En su último libro, *Face au passé: Essais sur la mémoire contemporaine* (2016) usted desarrolla la idea de una “globalización de la memoria” ¿Qué elementos comunes identifica en el tratamiento de diversos pasados traumáticos y cómo llegó a esa idea?

H. R.: La idea de “globalización de la memoria” llegó como producto de una observación empírica. No lo decidí previamente y traté luego de aplicarla a un caso específico. Fue exactamente lo contrario. Fui a Corea del Sur, Chile, Argentina, por supuesto a otros países de Europa y vi situaciones similares. La idea tiene bastante aceptación, incluso, aunque tengamos que ser un poco cautelosos. Me refiero a que existen varios contraejemplos de esta globalización de la memoria. Se trata, en primer lugar, de valores compartidos. El principal es el recordar y, en contrapartida, el valor de olvidar ha sido calificado negativamente y catalogado como un segundo crimen después del crimen. Esto está en todos lados. No tengo un punto de vista moral sobre el asunto. Lo que yo digo, como historiador, es que se trata de un cambio mayúsculo en la historia: olvidar ha sido la estrategia usual para abordar el pasado. Es un nuevo fenómeno que tiene que ser considerado, por eso yo hablo de un cambio del “régimen de historicidad”.

Luego, están las modalidades con las que se recuerda: existe la posibilidad de una regresión y también de una reparación histórica. Es fantástico cómo la reparación histórica, que era solo un postulado de ciertos científicos sociales o filósofos que argumentaban que el pasado va cambiando con el tiempo, se convirtió en el núcleo de políticas públicas. Y esto se produce muchas veces a pesar de que estos cambios son incomprensibles para la opinión pública: ¿cómo podría cambiar el pasado? Sin embargo, podemos modificar la interpretación del pasado. Podemos verlo cuando la gente destruye un monumento: es eso exactamente lo que están haciendo. Algo análogo sucede con los juicios. Como mencioné antes, la idea de justicia se modifica con la competencia universal, con la idea de que un juicio no es solo retributivo: es una forma para que las vícti-

mas hablen, para que la juventud aprenda historia. El juicio se transformó en un elemento central del fenómeno transicional. La “justicia transicional” no involucra solo un proceso de juzgamiento, sino que actúa sobre el pasado y puede modificarlo.

Ahora bien, la marcha de lo que solíamos llamar “historia nacional” puede ahora ser minada desde fuera, a causa de la competencia universal: Francia está contribuyendo a escribir la historia nacional de Ruanda al juzgar a estos dos perpetradores. Si Reino Unido hubiese podido juzgar a Pinochet, hubiesen cambiado la narrativa nacional de Chile, lo cual es también un gran cambio en la concepción de soberanía. Entonces, ya no existe la historia nacional tradicional. Esto implica reacciones de diversos nacionalismos. Tenemos un muy buen ejemplo en Europa con Polonia, que forma parte de la Unión Europea y es, supuestamente, una democracia, pero ha cambiado por completo su percepción sobre cómo regular la escritura de su historia nacional, rechazando cualquier posible influencia extranjera, como la de la Unión Europea. El gobierno ha promulgado leyes que reprimen a cualquiera que diga que el pueblo polaco o que algunos polacos fueron cómplices de los Nazis. El hecho de la complicidad con el nazismo es algo que existió en todos los países de Europa: en Francia, en Bélgica, en Italia. Sin embargo, algunos como Polonia o Hungría intentaron reprimir esa globalización de la memoria y “recuperar” sus memorias nacionales modificando esa narrativa.

La globalización de la memoria puede ser una forma de analizar la situación a comienzos del siglo XXI, pero eso no quiere decir que vaya a durar. Actualmente existen grandes batallas, hay quienes se oponen a que el Estado pague un tributo a algunas víctimas y, por el contrario, reivindican a los perpetradores. En algunos países de Europa oriental se está tendiendo a una reescritura de la historia, incluyendo la del Holocausto. Ante lo cual, personas como yo que pensábamos que ya habíamos vencido a los negacionistas, que la historia había sido aceptada por la mayoría de los países europeos y que podíamos avanzar, nos sentimos realmente desorientados.

Crímenes masivos: genocidios y memorias

D. S. J.: Entiendo que la globalización impacta también en el tratamiento de los crímenes masivos ¿Es posible comparar distintas experiencias bajo la figura del genocidio? ¿Cuál es su opinión al respecto?

H. R.: Sí, absolutamente. Fui vicepresidente de la comisión francesa sobre cómo enseñar genocidios y crímenes masivos en Francia. Y la primera conclusión compartida por todos es el hecho de que hubo tres genocidios principales, en términos de intensidad y número de víctimas: el armenio, el judío y el tutsi. Sobre eso no hay discusión. En el caso de Ruanda, si se observan los números, entre un 70 y un 80 por ciento de la población tutsi fue exterminada, fue claramente un genocidio. Es un porcentaje gigante, mayor que el de los judíos, pero no es la misma escala. Quiero decir: los judíos eran alrededor de 11 millones en Europa y fueron asesinados 6 millones. Por otro lado, en términos del proceso en sí también son comparables porque las matanzas fueron iniciadas por el Estado, no se trató solo de una cuestión de violencia popular. La violencia popular estuvo guiada por movimientos, partidos políticos y milicias, basada en una ideología racial, establecida en el siglo XIX, casi de la misma manera en que el antisemitismo o las ideologías raciales fueron instalados en Europa para la misma época. Hay fuertes vínculos entre una y otra experiencia, porque lo que ocurrió en Ruanda fue la creación de las dos “etnias” por parte de los colonizadores. O sea, no eran dos etnias reales que existían desde antes de la colonización.

D. S. J.: ¿Y en términos de la comparación de las memorias de esos genocidios? ¿Qué elementos comunes y qué diferencias pueden identificarse?

H. R.: Hay semejanzas y enormes diferencias. En principio, la semejanza está en la cuestión de la memoria como un valor supremo. En Ruanda, esto es central. La memoria se ha convertido en el propósito principal de una generación que, realmente, no conoció el genocidio. Un segundo elemento es la cuestión de los testimonios: hay grandes esfuerzos para recolectar testimonios porque los Tutsis son una minoría muy pequeña hoy en Ruanda. El tercer elemento es la recuperación de los cuerpos,



Universidad Nacional de La Plata

Henry Rousso, Doctor Honoris Causa de la Universidad de La Plata, 16/11/2017

que es otra obsesión en Ruanda, porque la mayoría de las víctimas no está identificada. Por ende, deben exhumar las sepulturas masivas para identificarlos. Esto también lo he visto en Argentina, pero la escala es diferente. Estamos hablando de alrededor de un millón de personas en una población de siete millones. Lo que es distinto es la manera que ellos tienen de relacionarse con los muertos o con la muerte. En Ruanda pueden verse, en cualquier parte del país, que es muy pequeño, memoriales con cuerpos, esqueletos, calaveras, restos humanos. Hay olor, puede ser insoportable. Eso no sucede en Europa ni en Argentina. Es algo simbólico: en Ruanda hay un deseo político de mantener la presencia de la muerte por varias razones, principalmente razones políticas, como prueba de lo que ocurrió.

Otra de las diferencias con respecto a la memoria del Holocausto es que en Ruanda están obsesionados por los detractores. En Europa también esto es un problema, pero no es el problema mayor: la memoria del Holocausto no fue configurada solo para responder a los negadores. En Ruanda sí. Dejan los restos humanos para explicar eso. Por ejemplo: allá es posible ver inmediatamente a la persona que fue asesinada en la forma específica que tienen los huesos. Esa persona, por ejemplo, era un aldeano, no era un joven, no era un combatiente, no era un soldado. Esta exposición tiene entonces el propósito de contraargumentar el discurso de que los Hutus asesinaron a personas que querían pelear.

Y el último elemento a distinguir es la importancia de la conmemoración. Por ejemplo, hay una conmemoración nacional cada año el 6 de abril que dura una semana en Kigali, la capital de Ruanda. Pero el proceso conmemorativo dura alrededor de dos meses. Entonces, esta población está viviendo con el genocidio y la mayoría de ellos son muy jóvenes y no tuvieron relación con esa experiencia. En este sentido, la situación de Ruanda es bien específica: es uno de los únicos genocidios donde las víctimas finalmente llegaron al poder. Los Tutsis o, más bien, el Frente Patriótico Ruandés que era un partido político de los Tutsis llegaron al gobierno –que también lo integraban algunos Hutus– e hicieron muchas cosas. Primero, hubo varios actos de venganza. Entonces,

Están las modalidades con las que se recuerda: existe la posibilidad de una regresión y también de una reparación histórica. (...) La reparación histórica, que era solo un postulado de ciertos científicos sociales o filósofos que argumentaban que el pasado va cambiando con el tiempo, se convirtió en el núcleo de políticas públicas.

por ese motivo, uno de los debates en la Corte es que algunos sostienen que los Tutsis hicieron exactamente lo mismo que los Hutus, que fue un doble genocidio, lo cual me parece que es un sinsentido. Sí es cierto que hubo matanzas masivas en 1994 y 1995. Por eso, es una situación muy particular que no existió en otros contextos. Sobre esta cuestión de la venganza, trabajo en mi próximo libro.

La otra cuestión, que es muy sorprendente, es que, luego del período de transición, venganza y violencia posgenocidio, el gobierno decidió imponer una reconciliación, llegando a una situación que es claramente paradójica: por un lado, la memoria del genocidio está en todas partes, todo el tiempo. Por el otro, la idea de identificar cualquier diferencia entre los Hutus y los Tutsis está prohibida. No hay más Hutus y Tutsis, solo ruandeses. Entonces, cómo es posible, por un lado, alabar a las víctimas y, por el otro, no tener diferencias entre los perpetradores y las víctimas. Sin embargo, la reconciliación realmente funciona. Para muchas personas que conozco, el genocidio de los Tutsis es una especie de estudio de caso para entender lo que es un genocidio, qué puede ser posible durante un genocidio y después de él. Incluso, en términos de memoria. Pero solo pasaron 24 años. Tenemos que esperar porque más adelante, como sucedió con el Holocausto, todo puede cambiar y habrá que reinterpretar estas reflexiones.